

ANÁLISIS DE LA OBRA

Un millonario que además es bien “planta”, y honrado, y de buen corazón; una condesa que no tiene posibles, pero que es –fuerza manda– bella y gentil y algo mandona; una criada de ella que se vende; un criado de él que lo quiere vender; el adonis que no sabe hablar de amor; la partenaire que quiere palabra y música: un engaño, de risa, urdido por él para engañar a ella; la presunta engañada que no se deja y señorea la intriga.... y el amor: siempre el amor o, mejor, el matrimonio.

La comedia (como otras tantas de Bretón) se construye sobre un punto de anormalidad y en un tono cómico. Un personaje-tipo extremo, que sólo sabe hacer dinero; una situación extremada (ella, escrupulosa, a pesar del amor –y del dinero– de él; y un resorte desencadenante, que posibilita que la comedia eche a andar, el amante masculino está obligado a declarar su amor a la dama: faltaría más.

Se trata, en lo básico, de un conjunto de tópicos; el más sobresaliente y el angular es el del “amor mudo”, afecto que se expresa mediante cualquier código que no sea el de la palabra (y que ya recorría la obra *El Poeta y la Beneficiada*, allí dando comicidad a la patrona machucha).

Es algo más novedosa la incidencia que se presta al dinero, como móvil humano en la sociedad. Del adonis mudo se pinta a cada paso su riqueza; de la condesa se contrasta lo noble y lo tro-

nado; de la criada y del criado —de bajos instintos ellos— su afición al vil metal.

Este rasgo se aúna al de los sentimientos afectivos de los personajes, en mezcla característica del ambiente teatral de la “alta comedia” (de la que Bretón vuelve a alejarse —como en *Pruebas de amor conyugal*— por su tono cómico). Los personajes se definen, así, fundamentalmente por dos rasgos y por dos estratos que se combinan: dinero y amor, en los elevados; dinero y desvirtuación del amor, en los bajos: la criada, hambre de matrimonio; el secretario, mero afán de posesión femenina (valga el circunloquio, porque no es ni erotismo, ni deseo sexual lo que lo definen).

En este sentido, *Mi secretario y yo* pone de manifiesto algo que se observa en el teatro de Bretón, y de manera más acusada en las obras breves (como también en algunos artículos de costumbres): los acentuados rasgos negativos con que construye los personajes de clase baja (criados, sirvientes, empleados, y, en ocasiones, gentes del campo). La criada es “doncella perdurable”, venal y calculadora; su visión del afecto es baja (si no puede enamorar a un hombre, lo conseguirá al tener dinero). El secretario es servil, de innoble ambición, pronto a la traición, y su afectividad amorosa se marca negativamente (“Tiene afición a las muchachas”).

La obra tiene un esquema simple, habitual en Bretón. Se comienza con una exposición en la que, mediante un diálogo, dos personajes dejan establecidos los extremos de una acción que ya está avanzada, casi a la espera de su solución. Se fijan las condiciones de la acción (exigencia de que el protagonista abandone la mudez), y se teje una mínima intriga de fácil seguimiento y de previsiones claras; los resortes que la mueven son dos: un billete amoroso, una canción en la penumbra; el ingenio: que un personaje actúe en vez de otro; el resultado: que se descubrirá, con confusión y risa, la estratagema. Solución, despedida y cierre; solución: los amantes a quererse; despedida: la del secretario, por

demasiado listo; cierre: los versos dirigidos al público para pedir el aplauso.

Los atisbos de interés que presenta la comedia tienen que ver con el hábil manejo y mezcla de los registros lingüísticos amoroso y comercial, y con una ingeniosa pirueta cómica que aprovecha los lazos de la intriga: si el secretario ha sustituido al creso-adonis mudo en las valiosas muestras de enamoramiento a la condesa, sígase hasta el extremo el quehacer y sea el propio criado el marido, y no su jefe.

Disuenan, por el contrario, dos aspectos relevantes (dejando al margen la tendencia subrayadora y amplificatoria que ofrecen algunas escenas); es el uno el haber avanzando, haciéndolas explícitas, las características del desenlace, ya en la escena IV, en la que D. Fabricio ya dice que, si las cosas no van bien, a pesar de su cortedad: “yo hallaré entonces camino/ de salir de mis casillas/ y sabré hacer maravillas/ sin ayuda del vecino.”

Es la otra la de haber generado una línea de acción secundaria (la intriga del secretario que ambiciona el dinero y la amada de su jefe), en la que no se corresponde la importancia temática, robusta, con la dedicación escénica, raquítica: un monólogo en el que expone su sentir al público, y una intervención, a contrapié de la acción, en la que se lo manifiesta a la condesa.

T E X T O

MI SECRETARIO Y YO

COMEDIA EN UN ACTO

**Representada por primera vez en el teatro del Príncipe
el día 11 de abril de 1841.**

PERSONAJES

LA CONDESA.	D. FABRICIO.
QUITERIA.	D. EUGENIO.

*La escena es en una quinta a las inmediaciones de Madrid.
Sala baja con puerta en el foro que da a un pasillo, en cuya
pared frontera hay una verja que conduce a un jardín:
otras dos puertas, una a la derecha, otra a la izquierda
del actor. Habrá un piano y una mesa con escribanía.
Es de noche.*

ESCENA I.

LA CONDESA. QUITERIA.

Quiteria. Digo que aquí se pasa
muy mal. Si está resuelta
la venta de la casa,
¿por qué no damos a Madrid la vuelta?
Ya empieza a ser muy cruda
la estación, y por cierto
que una condesa viuda
no está bien en este árido desierto.
Viudita que aún no peina
los veinticinco mayos,
no cual merece reina
reducida su corte a los lacayos.
Ya a mí también, señora,
aunque quizá descubre
mi frente pecadora
que perdido mi abril llegó mi octubre,
a mí también me gusta
el mundo y su bullicio.
La soledad me asusta.
La vida sin Madrid es un suplicio;
que si de otros placeres
priva la suerte airada
a las pobres mujeres
que lloran su hermosura jubilada,
allí hay feria y bureo
y ruido y tremolina,

y Circo y coliseo,
y *Polvos de la Madre Celestina* (*).

Condesa. Pronto será, lo espero,
de otro dueño esta hacienda;
pronto la haré dinero,
ya que al fin es forzoso que la venda;
que el señor don Fabricio,
aunque hombre de bufete,
por hacerme un servicio
cuanto por ella pido me promete.
Dará en oro el importe,
y mañana temprano
vendrá desde la corte
a extender la escritura un escribano.

Quiteria. Si es loca la fortuna
en muchas ocasiones,
cuerda fue y oportuna
colmando a don Fabricio de sus dones.
¡Vea usted un millonario
que peca de modesto,
y cualquier perdulario
si medra tanto así se hace indigesto!
Ni le deslumbra el lujo,
ni el oro le envanece,
y aunque es algo cartujo,
¡tiene un alma tan noble...!

Condesa. Si deshacerme siento
de una quinta tan bella,
a fe, no me arrepiento
del hospedaje que le doy el ella.

Así parece.

(*) La graciosa comedia de magia que con este título escribió el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

- Quiteria.* ¿Cierto? Pues, a mi juicio,
o me engaña la pinta,
o el señor don Fabricio...
- Condesa.* ¿Qué?
- Quiteria.* Gusta más de usted que de la quinta.
- Condesa.* Tal vez... por un capricho...
Mas no me ha dicho nada.
- Quiteria.* Su lengua no lo ha dicho,
pero ¡suele hablar tanto una mirada!
- Condesa.* No entiendo yo el dialecto
de los ojos.
- Quiteria.* Lo dudo.
- Condesa.* Ni me hacen mucho efecto
los guiños de un amante sordomudo.
- Quiteria.* ¿Cómo quiere usted que hable,
si teme? Así son todos.
Mírele usted afable,
y hablará el pobrecito... ¡por los codos!
- Condesa.* O no prendió de recio
esa amorosa llama,
o es amante muy necio
quien no arrostra el desvío de su dama.
- Quiteria.* Preámbulos a un lado.
El ama con delirio,
y a mí me ha confesado
que es usted la ocasión de su martirio.
- Condesa.* ¿De veras?
- Quiteria.* (Y amén de esto,
me ha dado, ¡huy! una onza,
y a servirle me presto,
y más lista andaré que una peonza.)
¿Qué veo! ¿Cómo ahora
se queda usted suspensa?
¡Buen ánimo, señora!
Tanto amor bien merece recompensa.

Condesa. Mas...

Quiteria. Ya en ese semblante
leo yo, buena alhaja,
que no es el comerciante
a los ojos de usted saco de paja.

Condesa. Tiene gentil presencia.

Quiteria. ¡Oh!...

Condesa. No me desagrada.

Quiteria. ¡Famosa conveniencia!

Condesa. Cierto.— Y mi casa está muy atrasada.—
Pero mi ilustre cuna...

Quiteria. ¡Ay, ay!... Los pergaminos
sin bienes de fortuna
no valen en el día dos cominos.

Condesa. Lo pensaré, Quiteria.
¿Ha de ser puñalada
de pícaro¹? Es materia
que debo consultar con la almohada.
Primero es que el adusto
silencio este hombre venza.

Quiteria. Lo vencerá...

Condesa. No es justo
que yo vaya a quitarle la vergüenza.

Quiteria. Pero ¿usted me promete,
si es cierto como creo
que él...?

Condesa. Voy al gabinete,
Quiteria, que tengo mucho correo.

[*Vase por la puerta de la izquierda.*]

1. **Puñalada de pícaro.** Hacerse las cosas con precipitación, con urgencia; expresión que se emplea también en *Marcela* y *¡Por una hija!*

ESCENA II.

QUITERIA.

¡Escrúpulos todavía
cuando la idolatra un joven
millonario como Creso
y gallardo como Adonis!
¡Oh juventud, juventud
temeraria! ¡No conoces
que las horas tienen alas,
y las peregrinas dotes
de hermosura y gentileza
se agostan como las flores!
Dígalo yo que perdí
más de cuatro proporciones
en mis años juveniles,
que en paz descansen!, y hoy ¡pobre
de mí!, ningún desdichado
me pide para consorte.
¡Ay! el último requiebro
que oí fue en Alba de Tormes
en el año del Señor
mil ochocientos catorce.
A la madre de la actual
condesa servía entonces,
y no creí que durante
dos largas generaciones
¡me habría de resignar
a ser doncella *in utroque*!²-
Pero no desconfiemos.
Tengo bien provisto el cofre,
y amén de algunas alhajas,

2. *In utroque*. 'En una y otra parte.'; expresión muy empleada por Bretón; puede leerse también en *El hombre pacífico* o en la poesía de este autor.

como sortijas, relojes
y demás, en un bolsillo
guardo quinientos doblones.
Si don Fabricio se casa
con mi ama, está en el orden
que ambos me den en albricias
un razonable alboroque³;
y aumentando de esta suerte
mi trapillo, cuando conste
que, si enamorarle no,
puedo mantener a un hombre,
no ha de faltarme un jayán
que cargue con mis jamones.
Yo me quitaré la máscara
y haré que en letra de molde
saque el *Diario de avisos*
este anuncio a los lectores:
“Doña Quiteria Carranque,
soltera, de estado noble,
de edad provecta y salud
a prueba de sabañones,
ofrece su blanca mano
y dos mil duros de dote
a quien mejor le parezca
entre sus licitadores.
Tiene personas de crédito
que darán buenos informes,
y en la calle del Barquillo,
casa de *Tócame-Roque*,
estará de manifiesto
el pliego de condiciones.”

3. **Alboroque.** ‘Agasajo que hacen el comprador o el vendedor, o ambos, a los que intervienen en una venta.’ (*DRAE*).

ESCENA III

QUITERIA. D. FABRICIO.

Fabricio. Quiteria, impaciente salgo
a ver si alguna noticia
me da usted... ¿Está propicia
la amable Condesa? ¿Hay algo?

Quiteria. Ya la hablé...

Fabricio. ¿De mi negocio?
¿Puedo ya cantar victoria?
¿puedo aspirar a la gloria
de que me llame su socio?

Quiteria. ¡Despacio, la voz más baja!
Ya sabe que usted la adora...

Fabricio. Sí, señora; ¡oh! sí, señora;
más que a mi libro de caja.
¿Y qué ha dicho la Condesa?
¿Me vitupera, o me ensalza?
¿Están mis fondos en alza,
o se malogra la empresa?

Quiteria. Lo oyó con cara de risa.

Fabricio. Ya, sí, con risa burlona.
¡Me desprecia, me abandona,
me pierde, me decomisa!

Quiteria. No; risa de gozo.

Fabricio. ¿Sí?
¡Dios poderoso!...

Quiteria. No miento.

Fabricio. Ya valgo un veinte por ciento
más de lo que ayer valí.

Quiteria. Ahora falta que de hinojos,
si no lo tiene por megua,
confirme usted con la lengua
lo que le han dicho los ojos.

Fabricio. ¡Es tanto lo que me cuesta...!

Quiteria. De ese silencio se pica.³

Fabricio. Pero...

Quiteria. Y si usted no se explica
se quedará sin respuesta.

Fabricio. ¿Y qué hago yo? ¿Qué le digo?
Soy yo muy torpe, es muy bella...

Quiteria. ¡Eh! ¡Tan cazurro con ella
y tan parlanchín conmigo!

Fabricio. ¡Qué quiere usted! ¡Sobre un tercio
de bacalao truchuela⁴
me envió a Madrid mi abuela
aplicándome al comercio.
Contento yo con mi noble
profesión y mi retiro,
tomé lecciones de giro,
cursé la partida doble,
dejé mi sueldo a interés,
pasé desde el mostrador
a la caja, y tenedor
de libros me vi después.
Y, a fe, cuando vara a vara
medía percal o gro⁵
no esperaba llegar yo
ni a tenedor ni a cuchara.
Giré luego de mi cuenta,
gané suma sobre suma
y creció como la espuma
con mi crédito mi renta.
Acierto en cuanto calculo,

4. **Truchuela.** 'Bacalao curado, más delgado que el común'.

5. **Gro.** (Del francés *gros*). 'Tela de seda sin brillo, más gruesa que el glase y de más cuerpo que el tafetán.' También aparece en otras obras de Bretón (*Marcela*, *La Minerva*, *Mi dinero y yo*) y de Galdós (*Fortunata y Jacinta*, *León Roch*, *La de Bringas*) y en la de Mesonero Romanos.

y hoy compraría a Bilbao
el que adjunto al bacalao
vino terciado en un mulo.
Cinco y dos, siete; y tres, diez;
quito nueve, uno me resta:
toda mi doctrina es esta;
sépalos usted de una vez.
No me ocurre el pensamiento
de tenerme por borrico,
que quien sabe hacerse rico
tiene sobrado talento;
pero en punto al diccionario
de caballero galante,
soy un necio, un ignorante;
no sé ni el abecedario.
No se habla a dama gentil,
llevando en el pecho un dardo,
como se maneja un fardo
de cacao Guayaquil.
Yo, tan valiente en el banco,
tan temerario en la lonja,
tímido como una monja
viendo a esa mujer me atranco;
¡y diera por su conquista,
sin exigir el recibo,
un millón en efectivo
y otro en letras a la vista!
¿Declararla mi pasión
cara a cara? ¡Oh! no haré tal.
No tengo yo capital
para esa especulación;
que ante sus ojos divinos
me quedaré mudo, yerto;
o si hablo, tengo por cierto
que diré mil desatinos.

Quiteria. ¡Por vida de san Luperccio!...
¡Banquero y tanto temor!
¿Es otra cosa el amor
que un tratado de comercio?
Ya que es usted tan pobrete
que teme hablar a una dama,
declare al menos su llama
con un billete.

Fabricio. ¡Un billete!
Fuerza será, pues la adoro...
Mas no sé de qué manera...
¡Billete de amor!... Si fuera
un billete del Tesoro...
Y ello, al fin, es necesario...
¡Oh! al secretario diré
que lo ponga. ¿Para qué
mantengo yo un secretario?
Él no es tan corto de genio,
¡y escribe con un primor...!
Hágame usted el favor
de llamar a don Eugenio.

ESCENA IV.

D. FABRICIO.

Yo ignoro esos embolismos
de sol, aurora, Parnaso...,
y en vez de flores acaso
escribiría guarismos.
Pero si la viuda hermosa
no es a mi pasión ingrata
y a mi favor se remata
una finca tan preciosa,
yo hallaré entonces camino
de salir de mis casillas

y sabré hacer maravillas
sin ayuda de vecino.

ESCENA V.

D. FABRICIO. D. EUGENIO.

Eugenio. La doncella perdurable
me ha dicho que usted me llama.

Fabricio. Sí; tenemos que poner
dos letras...

Eugenio. ¿Para la Habana,
o para Amsterdam? ¿A plazo,
o a la vista?

Fabricio. No se trata
de letras de cambio ahora.

Eugenio. ¡Ah! Pues ¿de qué?

Fabricio. De una carta...

Eugenio. ¿Carta-orden para algún
corresponsal? El de Málaga...

Fabricio. No es eso.

Eugenio. ¿Carta de pago...?

Fabricio. No, señor. Si usted se lo habla
todo... Es más arduo el asunto.
La carta es para una dama.

Eugenio. Entiendo. Es corriente. Alguna
recomendación...

Fabricio. ¡Caramba!...
¿Quiere usted callar y oír?
Tanta viveza me mata.

Eugenio. Diga usted, pues.

Fabricio. Digo yo
que me han taladrado el alma
los ojos de una mujer.

Eugenio. ¿Enamorado? ¡Qué lástima!
¡Enamorado un banquero!

- Usted va a arruinar su casa.
- Fabricio.* Esa no es cuenta de usted.
- Eugenio.* Tengo ley a quien me paga.
¿Es acaso la viudita...?
- Fabricio.* La misma que viste y calza.
- Eugenio.* Entiendo. La compra usted
con la hacienda como carga
de justicia, como censo
redimible...
- Fabricio.* ¡Otra bobada!
Ni la Condesa es cupón
negociable, ni en las arcas
de Hamburgo y de Filadelfia
hay oro con que comprarla.
- Eugenio.* Según eso, trata usted
de casarse y ¡pecho al agua!
- Fabricio.* Sí, señor, y en un billete
quiero declarar la llama
que me devora.
- Eugenio.* Está bien.
¿Y pedir su mano blanca
en debida forma?
- Fabricio.* Es cierto.
- Eugenio.* Corriente. ¿Y usted me encarga...?
- Fabricio.* Sí, señor.
- Eugenio.* Pues voy allá.
Eso se hace en dos plumadas.
[*Se sienta y escribe velozmente.*]
- Fabricio.* (Tiene mucha expedición
este mozo. ¡Si se lo halla
todo hecho! Suele meterse
en caminsa de once varas,
y pregunta más que un juez,
y más que un barbero charla;
pero es honrado, leal

y diligente. ¡Oh! bien gana
sus honorarios.— ¡Demonio!
Su pluma corre que rabia.
¡Eh! no es maravilla. Tiene
afición a las muchachas,
y me quiere dar ahora
una prueba de su práctica.)

Eugenio. [Levantándose.]
Ya está. Si usted lo permite,
leeré la minuta.

Fabricio. Vaya.

Eugenio. [Leyendo.]
“Señora doña Isabel
de Grávalos y Peralta,
condesa viuda del Tilo
y marquesa de la Zarza.
Muy señora mía y dueña:
si una firma acreditada
es bastante garantía
para una mano en subasta,
endóseme usted la suya,
y hará merced señalada
a su atento servidor
que besa sus pies, —COTANZA
Y COMPAÑIA.”

Fabricio. ¡Qué diablo!
Para escribir de esa traza
no necesitaba yo
de nadie.

Eugenio. Sigo la pauta
mercantil...

Fabricio. “¡Y compañía!”
¿Quiere usted que se comparta
mi tálamo conyugal
entre cuatro camaradas?

- Eugenio.* No, señor, pero la fórmula...
- Fabricio.* ¡Eh! no hay fórmula que valga.
Yo negocio de mi cuenta
y riesgo, y quiero en sustancia,
no una carta mercantil,
sino amorosa, incendiaria...
Quiero decir...
- Eugenio.* Ya comprendo:
como escribe esa canalla
sentimental que no tiene
libro maestro, ni fábricas,
ni almacenes, ni talegas,
ni... Como los hombres que aman
al prójimo...
- Fabricio.* No. A la prójima...
- Eugenio.* Pues, a un prójimo con faldas.
Descuide usted, que en un verbo...
- Fabricio.* Pondere usted bien mis ansias,
mi fanatismo...
- Eugenio.* Es corriente.
- Fabricio.* Para que usted no distraiga
su atención, le dejo solo.
- Eugenio.* Bien, bien. Pronto se despacha.

[*Entra D. Fabricio en la habitación de la derecha.*]

ESCENA VI.

D. EUGENIO.

El buen hombre es tan inepto...
No se le ocurre un concepto
para saludar al ídolo
que su pecho cautivó.
¡Oh cuánta majadería
a su dama escribiría
si con mi ingenio y mi péndola
no le socorriese yo!

[*Se sienta.*]

Ea, manos a la obra,
porque estará con zozobra
hasta que le dé la epístola
para copiarla después.

[*Escribe y habla alternativamente.*]

Y la viuda es linda presa,
aunque de segunda mesa.
A mí me altera la máquina
desde la frente a los pies.

¡Ay cielos, con qué delicia,
usando de mi pericia,
lo que escribo para el prójimo
escribiera para mí!

Mas sin fortuna y sin nombre
¿quién se la disputa a un hombre
que ha ganado haciendo cálculos
las minas del Potosí?

Y no debo serle ingrato,
que me da casa y el plato,
y sin descuentos ni prórogas
mil realitos cada mes.

No me aconsejes, envidia,
que cometa una perfidia,
pues no he de evitar, ¡ay mísero!
que el mundo vaya al revés.

Yo soy un dije, un estuche,
don Fabricio un acebuche;
pero navega sin brújula
quien corteja sin metal.

Si a la Condesa me acerco,
puede que me llame puerco,
y alma de cántaro, y títere,
y ridículo animal.

Pero un galán millonario
que embiste con numerario
seguro está de esos récipes
cuando declare su amor.

Todas dirán: ¡qué bonito!,
aunque sea más cuadrúpedo
que Nabucodonosor.

ESCENA VII.

D. EUGENIO. D. FABRICIO.

Fabricio. Vamos, ¿está ya corriente
la minuta?

Eugenio. Ahora va el último
piropo.

Fabricio. No hay que afanarse.
Escriba usted a su gusto.
Yo pasearé.

[*Paseándose por la sala.*]

(¡Qué gozo
será el mío! ¡Ay, Dios qué triunfo
para mí si la Condesa
me corresponde! En el mundo
no habrá mortal más feliz.

[*Se levanta D. Eugenio sin verle don Fabricio.*]

No olvidaré mis asuntos,
que entre ellos y mi consorte
dividiré los minutos
de mi existencia...

[*Al dar la vuelta paseando se encuentra cara a cara
con D. Eugenio.*]

¿Está ya?

Eugenio. Sí.

Fabricio. Lea usted.

Eugenio. Leo.

Fabricio.

Escucho.

Eugenio.

[*Leyendo.*]

“Bella señora mía: ¿Me atreveré a ofrecer a usted un corazón que la ama con la más ciega idolatría? ¿Será tanta la bondad de usted, que excuse la temeridad de mi pretensión en gracia de la pureza de mi cariño? Cualquiera que sea su resolución, no crea usted que presumo deslumbrarla con mis grandes riquezas. Sólo fundo mi esperanza en el sincero y firme propósito de merecer, a fuerza de rendidos obsequios y entrañables adoraciones, que no se arrepienta usted un día de haber concedido su mano y colmado con ella de felicidad y orgullo a su tierno amante y respetuoso servidor Q.S.P.B.— FABRICIO COTANZA.”

Fabricio.

¡Oh qué bien, qué bien escrita!

El que tal minuta puso
debía estar empleado
en la Dirección de Estudios.

[*Toma el papel.*]

Eugenio.

¡Bagatela! Cuatro frases
de rutina. Yo las zurzo
cálamo corriente.

Fabricio.

[*Leyendo y comentando.*]

“Bella

señora mía:” —dos puntos.

¡Bien!— “¿Me atreveré a ofrecer...?”

¡Soberbio! Se lo preguntó;
es decir que no me atrevo
a atreverme.

Eugenio.

Es un recurso
oratorio-epistolar.

Por no empezar *ex-abrupto*...

Fabricio.

“En gracia de la pureza
de mi cariño...” ¡Oh, muy puro!

- Sí, sí; ¡nada de contratas
clandestinas!
- Eugenio.* Sin escrúpulo
puede leer una monja...
- Fabricio.* “No crea usted que presumo
deslumbrarla con mis grandes
riquezas.”— ¡Bien!— “Sólo fundo
mi esperanza en el sincero...”
¿Sincero, o sincero?
- Eugenio.* El uso
autoriza ambas leyendas,
mas yo no admito el esdrújulo.
- Fabricio.* “Que no se arrepienta usted
un día...” Es usted muy ducho...
- Eugenio.* ¡Eh! Yo...
- Fabricio.* “De haber concedido
su mano...” Aquí me insinúo...
¿Eh?
- Eugenio.* ¡Pche!...
- Fabricio.* “¡Y colmado con ella
de felicidad y orgullo
a su”... *Et caetera.* ¡Magnífico!
Esto es escribir con pulso
y con... ¿Eh?... Venga un abrazo.
[*Le abraza.*]
- Eugenio.* (¡Qué guapote!) Estoy confuso.
¡Si eso no vale...!
- Fabricio.* Desde hoy
señalo a usted treinta duros
al mes...
- Eugenio.* ¡Señor don Fabricio!...
- Fabricio.* Sobre su sueldo, y le apunto
dos acciones en mi empresa
de conducción de besugos.
- Eugenio.* ¡Señor!... Es usted el hombre
más campechano del mundo.

- Fabricio.* [Yendo a la mesa.]
Voy, voy a copiar la carta
volando... Papel de lujo.
- Eugenio.* [Dándole papel.]
Tome usted. ¿Dicto?
- Fabricio.* No, no.
Yo solo...
- Eugenio.* Pues no interrumpo.
[Paseándose.]
(Así, teniendo delante
el borrador de mi puño,
cometerá menos faltas
de ortografía. Ya junto
diez y nueve mil doscientos
reales de sueldo seguro,
saneado, y –friolera!–
interesado en el lucro
del pescado trashumante,
sin riesgo de mi peculio;
¡partícipe lego!... Es ganga.
Si nos protege Neptuno,
a la vuelta de dos años
hago un fortunón absurdo.)
- Fabricio.* “Fabricio Cotanza.” – Polvos. –
[Cierra la carta.]
Oblea. – El sobre, y concluyo.
[Mientras pone el sobre.]
Ahora, señor don Eugenio,
suplico a usted, si no abuso
de su bondad...
- Eugenio.* ¡Abusar!
- Fabricio.* No por cierto.
[Levantándose y dándole la carta.]
Que dé curso
al expediente.

Eugenio.

Corriendo.

[*Yéndose.*]

(La comisión no es de mucho
lucimiento que digamos,
mas ¿qué se ha de hacer! Es justo
complacer a un principal
que paga con tanto rumbo.)

ESCENA VIII.

D. FABRICIO.

¡Eh! ya está echada la suerte.—
Yo no sé... Me tiembla el pulso...
Según estoy de convulso
parezco un reo de muerte.

ESCENA IX.

D. FABRICIO. QUITERIA.

Quiteria. ¿Está escrito ya el mensaje?

Fabricio. Sí, pero...

Quiteria. ¡Qué agitación!

Fabricio. Siento aquí, en mi corazón
una especie de... agiotaje⁶...
¿Cómo saldré de esta feria
que tanto me compromete?
Si protesta mi billete,
soy hombre al agua, Quiteria.
Ya lo lleva el secretario...

6. **Agiotaje.** 'Especulación abusiva'. La voz *agio* ('especulación sobre el alza y baja de los fondos públicos') la emplea Bretón en *Me voy de Madrid* ("Amiguito,/ con los *Agios* de la bolsa/ escasea el numerario"), y en *Cuando de cincuenta pases* ("todo / es *agio* y fraude doquier"); y Galdós, por ejemplo, en *León Roch* ("...no satisfecho de haber reunido a sus pies la Administración y el *agio* de ambos mundos.") Es voz que procede el italiano *aggio*.

No me llega la camisa
al cuerpo.

Quiteria. Muy bien.

Fabricio. A guisa
de correo extraordinario...
Mas si lo rasga indigesta
con orgulloso desprecio...

Quiteria. No tal.

Fabricio. Y un "váyase el necio
noramala" es su respuesta...

Quiteria. ¡Pobre hombre, que ni una letra
sabe de achaques de amor!
Pues ¿ignora usted, señor,
que audaces fortuna...*ecetra?*
Por ser yo cuando muchacha
tan tímida como bella,
¡soy ahora una doncella
de esta fecha y de esta facha!

Fabricio. De placer di yo señales
cuando vi escrita la carta,
y ahora el temor me coarta
los sentidos corporales.

ESCENA X.

D. FABRICIO. QUITERIA. D. EUGENIO.

Eugenio. ¡Albricias!

Fabricio. ¿Tomó?...
Eugenio. Tomó...

Fabricio. ¿La carta?

Eugenio. La carta.

Fabricio. ¿Cómo?

Eugenio. Con la mano.

Fabricio. ¡Bah! ¡Qué plomo!
¿Sin ceño?

Eugenio. Sin ceño.
Fabricio. ¡Ah!
Eugenio. ¡Oh!...
Cuando rompió el sobrescrito
se puso como un carmín.
Fabricio. ¿Pero la leyó?
Eugenio. Hasta el fin.
Fabricio. Ya, ¿y si...?
Quiteria. ¡Calle usted, bendito!
Fabricio. ¡Ay alma!, no te arregostes⁷
tan pronto...
Quiteria. ¡Si es cosa clara...!
Fabricio. ¿Qué cara puso?...
Eugenio. Una cara ...
de Pascua de Pentecostés.
Fabricio. ¡Oh!... ¿Y qué dijo?
Eugenio. Diga usted,
dijo con tono propicio,
a mi señor don Fabricio...
Fabricio. ¿Qué?
Quiteria. ¿Qué?
Eugenio. Que... ¿Qué sé yo qué?
Fabricio. ¿Cómo?...
Eugenio. Si usted me escuchase...
Su agitación era tanta
que fue a hablar, y en la garganta
se le estacionó la frase.
Fabricio. Pero ¡acabe usted, por Dios!
Eugenio. Al fin dijo, y yo colijo
que lo dijo con...
Fabricio. ¿Qué dijo?
Eugenio. “Ya nos veremos los dos.”

7. **Arregostar.** ‘Aficionarse con vehemencia a algo’.

- Fabricio.* ¿Conque quiere hablar conmigo?
Esto es ya dar esperanza
a mi afecto...
- Quiteria.* ¡No, que es chanza!
- Fabricio.* Y animarme...
- Quiteria.* ¡Vaya!
- Eugenio.* ¡Digo!
- Quiteria.* Redoblar conviene ahora
las finezas, los extremos...
- Eugenio.* Dice bien.
- Fabricio.* Sí, sí. ¿Qué haremos?
Las riquezas de Basora...
- Eugenio.* Nada que humille su orgullo.
- Fabricio.* Es verdad. Dádivas, no.—
Pues... Discurra usted, que yo
con el placer me aturrullo.
- Eugenio.* ¿Qué sé yo? Obsequios, loores...
Usted no sabe hacer versos
y yo los hago perversos...
En el jardín ya no hay flores...
- Fabricio.* ¡Quién pudiera, hermosa dama,
trasportar aquí el teatro
del Príncipe, y otros cuatro,
y el Circo, y el Diorama;
y a la Grissi y a Rubini,
y a Lablache y Tamburini,
y a Donizzetti y Bellini,
y a Mercadante y Rossini!
- Quiteria.* Sí, ¡la música!... Delira
por la música; es su encanto
y siempre está con el canto:
tararira, tararira.
- Fabricio.* También a mí me arrebató
la música... ¡Oh qué oportuna
idea! Tendremos una
especie de serenata.

Eugenio. ¿Cómo...?

Fabricio. Alguna cantinela...

¿Eh? No da más el país.

Un desierto no es París.

¿Eh?— Trajo usted la vihuela?

Eugenio. Sí, pero...

Fabricio. Nada; no admito reflexiones. El jardín está convidando... En fin...

Quiteria. ¡Qué viene!

Fabricio. [A D. Eugenio.]

Vámonos.

[A Quiteria.]

¡Chito!

[Vanse cerrando la puerta del foro.]

ESCENA XI.

QUITERIA. LA CONDESA.

Quiteria. (Trae la cartita en la mano.)

Condesa. Quiteria, somos felices.

Se ha explicado don Fabricio.

Quiteria. ¿Cómo...?

Condesa. En un billete humilde me declara respetuoso el amor que le desvive, y con tal delicadeza, con tal discreción me pide la mano, que es menester tener entrañas de tigre para darle calabazas. Vamos, parece imposible que tan primoroso escriba un hombre que apenas dice: "buenos días."

- Quiteria.* Con usted
enmudece y se reprime,
porque es muy modesto y teme
soltar algún *lasus lingüis*;
mas ahora hablando conmigo...
de usted se entiende; —esa efigie
no se aparta un solo instante
de su corazón sensible,—
me decía... ¡maravillas!
- Condesa.* ¡Qué escucho! Y parece un simple...
[*Oyese un preludio de guitarra.*]
¡Calle! Tocan la guitarra
allá... ¡Y usted se sonríe!
¿Será cosa...?
[*Abre la puerta del foro y aparece entre los árboles D.
Eugenio con la guitarra.*]
- Quiteria.* [Con misterio.] ¡Chis!... Oigamos.
(¿Quién de los dos será el cisne?)
- Condesa.* Como el jardín está oscuro,
el bulto no se distingue.
- Eugenio.* [Cantando.]
“¡Ay, que en tus ojos me quemo
como incauta mariposa!
¡Ay no seas tan hermosa,
o ten de mí compasión!
¡Ay, de mi amor no te ofendas
aunque lo declare en vano,
y no exijas de un cristiano
que muera sin confesión!”
- Condesa.* ¡Divinamente! ¡Qué estilo!
¡qué voz! ¡qué gracia!
- Quiteria.* ¡Sublime!
[*Desaparece D. Eugenio.*]
- Condesa.* ¿Será él?
- Quiteria.* ¿Quién ha de ser?
Sé yo que es famoso tiple.

- Condesa.* ¡Eh! ¡si es tenor...!
- Quiteria.* Con efecto;
tenor. Eso es lo que quise
decir yo.
- Condesa.* Y usted ¿de dónde
sabe...?
- Quiteria.* Contándome chismes
me lo ha dicho su criado.
- Condesa.* No tuve el gusto de oírle
hasta ahora. ¡Filarmónico!
Eso basta a decidirme...
- Quiteria.* ¿Qué hace usted que no contesta
a su carta?
- Condesa.* Así lo exige
la cortesía...
- Quiteria.* El amor.
Déjese usted de perfiles.
- Condesa.* Mas prefiero contestarle
verbalmente.
- Quiteria.* ¿Quién lo impide?
- Condesa.* Creo, además, que ya es hora
de que ese galán se explique
de viva voz; que si aspira
a mi mano y la consigue,
no es cosa de establecer
correos que comuniquen
las caricias del marido
a su dulce esposa, y *vice*
versa, como si estuvieran
uno en Londres y otro en Chile.
- Quiteria.* Ea, pues voy a llamarle,
y si usted me lo permite,
le diré que usted desea...
- Condesa.* Que cuanto antes se termine
el asunto...

Quiteria. ¿De la boda?

Condesa. De la quinta.

Quiteria. (¡Qué melindres!)

[*Va al jardín, aparece en él D. Fabricio y se les ve hablar aparte.*]

ESCENA XII.

LA CONDESA.

Veremos si se enmienda
y, mientras nada arriesgo
hablando de la hacienda,
sabe dar otro sesgo
a la conversación;
mas si su lengua ahora,
desairando a su pluma,
no dice que me adora,
yo no sé qué presuma
de este santo varón.

[*Vuelve a la escena Quiteria con don Fabricio y se retira por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA XIII.

LA CONDESA. D. FABRICIO.

Fabricio. [*Turbado.*]

Me han dicho que usted tenía...,
que usted me hacía el honor
de llamarme...

Condesa. (Está cortado.)

Sí; hora es ya de que los dos
nos arreglemos...

Fabricio. ¡Ah! sí;

eso... A eso venía yo.

Condesa. Si le gusta a usted la hacienda...

Fabricio. ¡Oh! la hacienda es de mi flor,
pero la dueña... Esa sí

- que vale más que el Mogol,
y más que Méjico, y más
que mi fábrica de Alcoy.
- Condesa.* (Ya se va explicando, pero
en estilo tan ramplón...)
Mil gracias por la lisonja.
- Fabricio.* ¿Lisonja? La luz del sol
me falte, y váyase a pique
mi corbeta de vapor,
y no haya este año merluza,
y quiebre el Banco Español,
si no es usted para mí
objeto de devoción
como el Angel de la Guarda
o la Virgen de la O.
- Condesa.* ¡Jesús, tanta idolatría...!
Eso es ofender a Dios.
- Fabricio.* Cada cual ama a su modo,
señora, y si usted leyó
mi carta...
- Condesa.* Sí. Es muy discreta.
- Fabricio.* Usted me hace mucho honor;
que yo... Pero, en fin, escrito
va en ella mi corazón,
y será usted una ingrata
si sepulta tanto amor
y tanta fe en la insondable
caja de amortización.
- Condesa.* (¡Qué mercantil está el hombre!
Si me caso con él, ¡oh!
me negocia el mejor día
en una cotización
de la bolsa.)
- Fabricio.* ¡Calla usted!
¡Eso es decirme que no!

- Condesa.* Eso es... callar.
- Fabricio.* Y negarse
a toda negociación...
- Condesa.* (¿No digo?... Pero tal vez
la cortedad, el temor
le hacen desvariar.)
- Fabricio.* Entiendo.
Perdí la prima, y me voy.
- Condesa.* Pero... ¡escuche usted! ¿Qué prima
hay aquí ni qué bordón...
- Fabricio.* ¡Ah, Condesa!...
- Condesa.* Me parece
que no soy yo tan feroz...
- Fabricio.* ¡Qué escucho! ¿Podré esperar?
- Condesa.* Tal vez... Cuando no me doy
por ofendida... ¡Qué linda
y qué nueva es la canción
con que usted me ha festejado!
- Fabricio.* Señora, yo...
- Condesa.* Y como soy
tan amante de la música...
- Fabricio.* (¡Oh quién fuera ruiñón!)
- Condesa.* Tiene usted muy buena escuela.
- Fabricio.* ¡Señora!...
- Condesa.* Y bonita voz.
- Fabricio.* (¡Ay triste si la desmiento!)
- Condesa.* Y la cuerda de tenor
¡es tan grata...!
- Fabricio.* Sí, muy grata.
- Condesa.* ¿Llega usted al *sí* bemol?
- Fabricio.* Sí... Creo que sí... (Ya brota
por mis poros un sudor
de tres bemoles.)
- Condesa.* También
es muy grande mi afición

al canto, y tengo aquí piezas
con que podemos los dos
lucirnos.

Fabricio. (¡Ay, Virgen santa!)

¡Si canto como un moscón!

Condesa. [*Tomando un papel de música.*]

Vamos a ensayar ahora
este *duetto*.

Fabricio. (¡Qué horror!)

Señora, yo..., francamente,
no entiendo el remifasol.

Canto... de oído.

Condesa. ¿*Orecchiante?*

¡Lástima...!

Fabricio. Sí, ¡es un dolor!

Condesa. Aprenda usted con Saldoni
el solfeo.

Fabricio. En eso estoy.

Condesa. Pero, al menos, es preciso
que otra vez oiga yo al son
de la vihuela...

Fabricio. (¡Qué apuro!)

Condesa. Aquella letra de amor.

Fabricio. ¡Imposible! Estoy muy ronco...
Tengo un constipado atroz...

Condesa. ¿Ya se hace usted de rogar?

Fabricio. ¡Ah!...

Condesa. Los cantantes de pro...

Fabricio. ¡Condesa!... (Mal si no canto;
pero si canto..., ¡peor!)

Quisiera cantar, señora,
aunque arrojase el pulmón,
mas... (¿Quién me mandaba a mí
echarla de profesor?)

Condesa. ¿No quiere usted complacerme!

- Fabricio* Yo sí...
- Condesa.* ¿Es esta la pasión
que usted juraba...?
- Fabricio.* Y ¡qué! ¿Sólo
se funda en el mi-re-do
el cariño de un amante?
Pídame usted ¡voto a briós!
mis batanes, mi dinero,
mi sangre...
[Aparece otra vez D. Eugenio preludiando en la
guitarra.]
- Condesa.* ¡Qué oigo!
- Fabricio.* [Consternado.] ¡Perdón!
- Condesa.* ¡Eh! calle usted; ¡no respire...!
Toca con mucho primor.
- Fabricio.* (¡Ah maldito secretario!
¡Cielos!, ¿para cuándo son
los panadizos, la sarna...?)
[Tose D. Eugenio.]
¡Y va a cantar! Sí, esa tos
preparatoria...) ¡Piedad,
piedad, señora...!
- Condesa.* ¡Chitón!
- Eugenio.* [Cantando.]
“¡Ay, que en tus ojos me quemo!, &c.
- Fabricio.* [De rodillas.]
¡Oh!... Máteme usted, señora.
Hágame usted el favor...
- Condesa.* [Riéndose.]
¡Eh! Alce usted...
- Fabricio.* Soy un falsario,
un embustero, un ladrón.
- Condesa.* ¡Oh!... ¿Quiere usted levantarse
con mil santos... O me voy...
[Se levanta D. Fabricio.]
¡Quiteria!

Fabricio. Mi secretario
es el que hace la función.
[*Llega Quiteria.*]
Condesa. [Riéndose.]
Que venga. ¡Es donoso un lance!
[*Entra Quiteria en el jardín y vuelve al momento con D. Eugenio.*]
Fabricio. (¡Se ríe!... ¡Perdido soy!)

ESCENA ÚLTIMA.

LA CONDESA. D. FABRICIO. QUITERIA. D. EUGENIO.

Fabricio. [A D. Eugenio, saliéndole al encuentro.]
Suelte usted ese guitarro
que me da tanto pesar.
¿Quién le manda a usted cantar...
cuando yo tengo catarro?
Eugenio. [Dejando la guitarra sobre una silla.]
Yo creí... Usted no me dijo...
Fabricio. Su voz de usted era mía,
y ha salido una tontería...
Quiteria. (¡Se nos agüó el regocijo!)
Fabricio. ¿Tan molesto es el descanso?
Condesa. [Riéndose.]
¿Luego él ha cantado ahora,
y antes... usted?
Fabricio. Sí, señora;
canté... por boca de ganso.
Eugenio. Mil gracias por la atención.
Condesa. (No puedo tener la risa.)
Fabricio. En fin, él dijo la misa,
mas fue mía la intención.
Quiteria. (¡Pobre hombre!)
Fabricio. Y más que me parta
un rayo, quiero decirlo

- todo. También ese mirlo
es el autor de la carta.
- Condesa.* ¿De veras? ¿El la dictó!
- Fabricio.* Cabal. Y yo la escribí.
- Condesa.* ¡Qué crueldad! ¡Dos contra mí!
- Fabricio.* Pues; mi secretario y yo.
- Eugenio.* Servidor...
- Fabricio.* Sin grande esfuerzo
maneja inmensos valores,
mas para escribir amores
soy un solemne mastuerzo.
La amo a usted y la amaré;
eso sí, y por esa cara,
sin pellejo me quedara
como san Bartolomé.—
Pero usted ¡ah! sólo piensa
en mofarse...
- Condesa.* No, señor:
al contrario. Tanto amor
es digno de recompensa.
- Fabricio.* ¡Ah, hermosa!...
- Condesa.* Y pues ya reputo
infundado mi desdén,
razón es que yo también
le ame a usted... por sustituto.
- Fabricio.* ¡Eh! ¿Cómo...? ¿Qué formulario
es ese? No entiendo yo...
- Condesa.* Usted, ¿no me enamoro
por medio del secretario?
Pues a quien así me quiso
pago yo con mi doncella.
- Fabricio.* ¿Eh?
- Condesa.* Cásese usted con ella
y salgo del compromiso.
- Fabricio.* ¡Yo!...

Quiteria. Esa idea me entusiasma.

En tan dulce compañía
¡qué pronto me aliviaría
del histérico y del asma!

Fabricio. No reina en mi corazón
Quiteria, sino Isabel,
y eso es pagar con papel
que no está en circulación.
Por obrar de buena fe
y no quedar insolvente,
manda el código vigente
que pague usted... con usted.

Condesa. Bien, yo pagaré...

Fabricio. Y con harta
justicia...

Condesa. De tanto amor
¿Qué pruebas tengo en rigor?
Una canción y una carta.
Este secretario fiel
es quien escribió y cantó.

Fabricio. Sin duda; mas...

Condesa. Luego yo
debo casarme con él.

Eugenio. ¡Oh dicha!

Fabricio. [Para sí.] ¡Es una culebra
esta mujer!

Condesa. Pero...

Fabricio. ¡Ingrata!

Condesa. Si de justicia se trata...

Fabricio. ¡Basta! Me declaro en quiebra.

[Se sienta abatido.]

Eugenio. [En voz baja a la Condesa.]

¡Ah, Condesa celestial!...

Crea usted que yo, alma mía,
a mi amor obedecía

- mejor que a mi principal.
- Quiteria.* (¡Buena está la contradanza!)
- Fabricio.* [*Levantándose.*]
Me aburro, me desespero...
¡Usted me ha burlado!, pero
yo sabré tomar venganza.
- Condesa.* ¿Cómo!...
- Fabricio.* (Ahora entran los temblores.)
Si yo no compro esta hacienda,
es forzoso que se venda
para pago de acreedores.
Yo daba una cantidad
enorme; ¡medio millón!,
pero vendida a pregón
no produce la mitad;
y habrá que dar para guantes,
sobre perder muchos miles
entre jueces y alguaciles
y músicos y danzantes.
Ahora bien, dueño hechicero,
la finca no es para mí.
- Condesa.* ¡Qué oigo!
- Fabricio.* Ni un maravedí
doy por ella: no la quiero.
- Condesa.* ¡Porque no es usted mi esposo
quiere hacerme este perjuicio!
Yo creía, don Fabricio,
que era usted más generoso.
- Fabricio.* Pero, olvidando desvíos
que mi corazón devora,
yo pagaré; yo, señora,
a esa turba de judíos.
- Condesa.* ¿Es posible! ¿Usted...?
- Fabricio.* No es chanza.
Y doy mi oro sin descuento.

- Nada de tanto por ciento,
ni recibo, ni fianza.
- Condesa.* ¡Don Fabricio!
- Fabricio.* Cuanto tengo
es de usted.
- Condesa.* ¡Y mi desdén...!
- Fabricio.* Esto hace un hombre de bien.
Así es como yo me vengo.
- Condesa.* [Aparte con D. Eugenio.]
Ah qué hombre!...
- Eugenio.* ¡Un estrafulario!
- Fabricio.* Pida usted; verá cuán presto
la sirvo; que para esto
no he menester secretario.
Si allá, en días más serenos,
puede usted pagar, me paga;
si no, buen provecho le haga.
El dinero es lo de menos...
- Condesa.* Yo no gasto tanta calma,
don Fabricio. O nada tomo,
o pago ahora mismo.
- Fabricio.* ¿Cómo?
- Condesa.* Con mi mano...
[Se la da.]
Y con mi alma.
[Le abraza.]
- Fabricio.* ¡Oh ventura!
- Eugenio.* [A Quiteria.] ¡Me lucí!
- Quiteria.* Hagamos un matrimonio
los dos...
- Eugenio.* ¡Eh! vaya al demonio
la bruja... (¡Necio de mí!)
- Fabricio.* ¡Qué dicha! No me desprecia
el ángel que adoro...

- Condesa.* ¡Ah! no.
¡Despreciar!... Sería yo
tan ingrata como necia.
- Fabricio.* Todos los afanes míos
serán colmarte de amores...,
aunque no escriba primores
ni cante dúos y tríos.
- Condesa.* Eso no importa...
- Eugenio.* Cachaza;
que, si fuere necesario,
aquí estoy yo, el secretario...
- Fabricio.* ¡No! He suprimido la plaza.
- Eugenio.* ¡Me abandona usted!
- Fabricio.* No tal.
- Eugenio.* Pues ¿si me quedo cesante...?
- Fabricio.* Será usted en adelante
mi socio... corresponsal.
- Quiteria.* Sí; aquí no queremos arias.
- Fabricio.* He resuelto, a fe de conde,
que usted se coloque...
- Eugenio.* ¿Dónde?
- Fabricio.* Cerquita de aquí: en Canarias.
[*Al público.*]
Y la comedia acabó,
y un aplauso, si gustó,
pedimos en comandita,
la doncella y la viudita
y mi secretario y yo.

